

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII. DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En Murcia y Lora, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria 53. COLABORADORES: Todos los suscritores. NÚM. 516.

MURCIA 18 DE MARZO DE 1900

La Juventud Literaria

DE ACTUALIDAD

Ya se sabe que en cuaresma la Iglesia tiene mandado que ayunen todos aquellos que sean fieles cristianos. Y aunque guardar el ayuno manda la Iglesia, es el caso que ni ayunan los ministros, ni los altos empleados, ni ayunan los generales que en Ultramar fracasaron y, en fin, ni ayuna ninguna sanguijuela del Estado. Porque hay que tener presente que el que vive del Erario suele comer en un día más que un cesante en dos años. En cambio, esos esqueletos que se llaman repatriados; esos maestros de escuela que no cobran ni un ochavo, y esos pobres jornaleros que se encuentran sin trabajo... esos á la fuerza ayunan, no en Cuaresma, ¡todo el año!

—Me cargan y me revientan las comidas de vigilia.
—Pues yo, amigo, todo el año de vigilia comería.
—Es que usted come langosta, salmón, merluza, lobina, langostinos, salmonetes, lenguados y pescadillas.
—Pero usted ¿qué es lo que come?
—Pues bacalao y sardinas, sardinas y bacalao.
¡Siempre las mismas comidas!
—¡Ay, ay, ay! bien se conoce que no es usted silvelista!

VICENTE RUBIO.



DE TIENDAS

CUENTO BATURRO

—Me paíce que esta es la tienda.
¿Venden aquí catalejos?
—Sí, señor.
—Pues güenos días.
—Que los tenga usted muy buenos.
—Saque usté, á ver.

—¿De qué clase?
—¡Porra! si ya no me acuerdo...
De esos que están dos junticos.
—Dos junticos... ¡ah! gemelos.
—Sí, señor, de esos me dicen.
¡Ya son encarguicos estos!
Me los encomienda un tío que se ha quedau en el pueblo y al infeliz le hacen falta porque vé poco de lejos.
—Pues aquí podrá usted ver el surtido que tenemos...
Estos son de cinco duros.
—¡Redióz! ¡qué carico es eso!
Y de estos otros ¿qué pide?
—Esos valen tres y medio.
—Vamos, por cincuenta rialcs me los llevaré.

—No puedo:
ya me cuestan mucho más.
Si quiere usted de ese precio también le puedo ofrecer; pero no serán tan buenos.
—¿Me los llevo en los tres duros?
—Le digo á usted que no puede.
—¿Tiene usted palabra é rey?
—No, señor; pero es que quiero con el que compra en mi casa no gastar en balde el tiempo.
—Ni una perra más le doy; los mercaré en otro puesto; conque, adiós.

—Pero oiga usted fijese en éstos gemelos.
—Ya mi fijau, ¿me los da?
—Vamos vuelva usted por ellos pero le aseguro á usted que me hace perder dinero...
¿Los pondré en una cajita?
—Sí, pero aguarde un momento; himos dicho que tres duros.
—Eso hemos dicho.

—Pus güeno, tome usté treinta rialcs y cuerteme usté uno de esos; porque me ocurre una cosa: que mi probe tío es tuerto, y sobrándole un cañuto se puede ahorrar duro y medio.

SIXTO CELORRIO.

CUENTO

Se reunieron cuatro socios de una casa de comercio, á celebrar un asunto llevado á cabo con éxito y al final de la comida se brindó por el dinero rey y señor de este mundo según afirmó uno de ellos, que con la copa en la mano y un tanto alegre el cerebro, publicó las excelencias de este vil metal, diciendo: «Amigos míos; con oro todo se alcanza; el dinero es la llave que abre el mundo; y si hacéis lo que yo pienso, al primero de nosotros que se muera, le pondremos por lo que pueda ocurrirle, mil pesetas en el féretro cada uno.»

—Convenido.
—Aprobado.
—Bien; ¡Soberbio!
Pasaron de esto dos años, poco más ó poco menos, y uno de los cuatro socios entregó, el pobre, el pellejo. Los otros tres reunidos poco después del entierro, hablaron de esta manera:
—¡Pobre fulano!
—¡Tan bueno!
—¡Tan excelente persona!
—¡Tan cumplido caballero!
—¡Qué amigo tan cariñoso!
—¡Qué amable era!

—¡Qué correcto!
Y seguían alabando las condiciones del muerto, cuando uno dijo:—Señores, supongo que aquel recuerdo de las mil pesetas, todos habremos llevado á efecto.
—Yo puse las mil en plata, dijo al instante el primero.
—Yo, manifesté el segundo, he colocado en el féretro las mil pesetas en oro.
—Pues yo fui, añadió el tercero, cogí las dos mil pesetas que vosotros habíais puesto, dejé un cheque al portador de tres mil pesetas luego, y pensé de esta manera le libro de llevar peso.

CESAR PUEYO.



EL COPO

Tiñese el mar de azul y de escarlata, el sol alumbrá su cristal sereno, y circulan los peces por su seno como ligeras góndolas de plata.
La multitud que alegre se desata corre á la playa, de las ondas freno, y el pesador, á la pureza ageno, la malla coge que cautiva y mata.
En torno de él la muchedumbre grita que alborozada sin cesar se agita doquier fijando la insegura huella.
Y son portento de belleza suma la red, que sale de la blanca espuma, y el pez que tiemb'a prisionero en ella.

SALVADOR RUEDA.



HUMORADAS

I.
Hay quien pasa la vida
En ese eterno juego
De hacer caer á la mujer, y luego
Rehabilitar á la mujer caída.
II.
Te vas á confesar, y el cura dice
Que á tí, en vez de absolverte te bendice.
III.
Si la codicia de pedir es mucha,
El hombre reza, pero Dios no escucha.
IV.
El amor es un himno permanente
Que, después que enmudece el que lo canta,
Otra nueva garganta
Le vuelva á repetir eternamente.
V.
Miré... pero no he visto en parte alguna
Ir del brazo la dicha y la fortuna.
VI.
Cual todas, tú pretendes, como Elena
Ser amada por bella y no por buena.
VII.
Ese ilustre mortal lleno de hastio
Era pobre al nacer; más, rico ahora,
Mirando á su palacio, siente frío;
Cuando se acuerda de su choza, hora.
VIII.
Te ví una sola vez, pero mi mente
Te estará contemplando eternamente.
IX.
Purifica el olor de la opulencia
Cuando huele á tomillo la indigencia.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

